

Transformaciones no menos importantes que las políticas se efectuaron en la vida intelectual, social y material. En instrucción, Suiza se puso al nivel de los países más privilegiados. Constituyéronse muchas sociedades para ocuparse en cuestiones de educación y fomentarla, difundiendo buenos libros entre la juventud y el pueblo; los Ayuntamientos construyeron magníficos edificios para escuelas, situados, como las iglesias, en los sitios más pintorescos; fundáronse numerosas escuelas profesionales, de artes y oficios, de dibujo, de agronomía, para la educación de los artesanos y de los colonos, y para la de la mujer, seminarios de institutrices; las bibliotecas populares y escolares se multiplicaron, contándose no menos de tres mil en mil ochocientos sesenta y ocho; la prensa se desarrolló en términos que, de veintinueve periódicos, ninguno diario, que se publicaban en mil ochocientos veintiocho, se subió en mil ochocientos setenta á doscientos veintisiete, de ellos cuarenta y cuatro diarios, sin contar las revistas oficiales, científicas, literarias é industriales, en número de ciento ochenta. A este progreso intelectual se debió, en buena parte, el alto puesto á que se elevó Suiza en la industria, el comercio y las vías de comunicación, no obstante las infranqueables montañas que surcan su suelo y la falta de hierro y de carbón. La industria de la seda se acrecentó en Basilea y Zurich y se fué extendiendo á otros cantones; la relojería de la parte occidental alcanzó fama europea; la industria de la paja se desarrolló en Argovia, Friburgo y Tesino; en maquinaria, se levantaron en breve más de cien talleres mecánicos y alrededor de cincuenta fábricas, y no digamos de la industria de algodón, la más floreciente de todas, en que no tardó Suiza en rivalizar con Inglaterra. Los comerciantes suizos abrieron salida á sus productos en todos los países, conquistándose en el mercado del mundo una situación brillante. Para sostener esta creciente actividad fabril y comercial, se crearon establecimientos bancarios, como el Crédito suizo de Saint-Gall y el Banco general suizo de Ginebra.

Aumentado con el incremento de la riqueza el número de obreros, no dejó de repercutir en Suiza el movimiento socialista; rara vez, sin embargo, el trabajador suizo, cual corresponde al ciudadano de un Estado libre, traspasó los límites del derecho y de la equidad. Verdad es que los gobiernos se anticiparon á las reclamaciones de los obreros y de los patronos, disminuyendo las horas de trabajo, regulando los salarios y aligerando los tributos; pero no lo es menos que los obreros subordinaron siempre sus tendencias socialistas al bien de la patria. El *Diario* de Zurich publicó, frente á los internacionalistas, esta declaración: «Queremos, ante todo, ser y quedar confederados, y respetar, como la primera ley política de un suizo, el amor y la fidelidad á la patria». No fue menos importante esta otra declaración de la «Sociedad del Grüth», de que no se obedecerían las órdenes del jefe de la internacional, vinieran de Londres ó de New-York, más que las ultramontanas de Roma, ni se tendría otro juez que la propia reflexión y la experiencia de todos. Ocioso es decir que se formaron en Suiza sociedades de consumo, de préstamo, de

crédito y de oficios; que se crearon bancos nacionales y cantonales; que se reformó la legislación de las fábricas, y que los obreros fundaron sus asociaciones particulares para ocuparse en la mejora de su condición y en su edificación moral. La principal de estas asociaciones es la ya nombrada «Sociedad del Grüth», fundada en Ginebra el año de mil ochocientos treinta y ocho y propagada enseguida á toda Suiza, cuyo fin es velar por los intereses políticos y económicos de la clase obrera, y su divisa: «La educación del pueblo es la emancipación del pueblo».

CAPITULO ALFONSO